

Brazadas irregulares

Naufregar en la orilla

BEATRIZ VANEGAS ATHÍAS

Letra a Letra, Bogotá, 2019, 82 pp.

Naufregar en la orilla, de Beatriz Vanegas Athías (Majagual, Sucre), es una antología personal que reúne algunos poemas de sus cuatro libros en este género (incluso uno, *Galería de perdedores*, que no figura en la nota sobre la autora, en la primera solapa, ni en el conjunto de portadas de todos sus libros, en la segunda solapa, a pesar de que fue editado en 2000, como figura en el corpus del libro y como dice uno de los comentarios sobre la autora). También, según la nota bibliográfica, ha publicado cuentos, poemas para niños, crónicas, columnas periodísticas y un libro de análisis semiótico, desde 2006 hasta 2018. Su poesía ha sido premiada, tanto en el país como en el exterior, y ella es docente en la Universidad Santo Tomás de Bucaramanga.

Naufregar en la orilla contiene poemas de sus libros *Llorar en el cine* (2018), *Con tres heridas yo* (2012), *Los lugares comunes* (2006) y el mencionado *Galería de perdedores* (2000). Y en el libro están presentados así, del último al primero.

Opino que este es un libro irregular, lo cual puede considerarse una constante en cualquiera que uno tome en sus manos, ya que pueden tenerse por excepcionales los libros (en cualquier género) buenos de principio a fin. Lo que uno llamaría “redondos”. Máxime si se trata de un libro de poemas y, más aún, si se trata de una selección de varios libros. De ninguna manera, en todo caso, dará para decir, de forma —creo— grandilocuente, que: “En su poesía, Beatriz sostiene la humanidad, con la estatura del fuego y el peso de su muerte [...]”, como dicen de la autora en otra de sus antologías, esta vez publicada por la Universidad Externado de Colombia en 2015. ¿Cuál es la estatura del fuego?, ¿cuál es el peso de la muerte?, ¿la muerte de quién? Ni de Whitman se ha dicho que sostiene la humanidad en su poesía. Realmente, sospecho, ningún escritor merece que se diga eso de él. A nadie se le puede achacar semejante responsabilidad (semejante despropósito, vale decir). Para

hablar bien de una poesía no habría que acudir a imágenes tan exageradas, tan imposibles.

En el libro que comento hay bellos poemas (escritos con palabras, como decía Mallarmé, no con ideas), como este:

Pasea la sorda por el parque.

El árbol de duraznos la ve venir
y se inclina para tocarla.

Pero es tanta la prisa de la sorda
que el árbol no alcanza
a decirle la caricia.

(“El árbol de duraznos la ve venir”,
p. 17, de *Llorar en el cine*)

Y poemas en los cuales la escritora trata de decir mucho (con ideas, no con palabras), de abarcar un significado que se le escapa, tal vez por ambicioso, como este:

El arma blanca y el arma de fuego.

La súplica y el silencio.

La viuda y las declaraciones.

La ciudad engorda.

El poder también.

(“Binomios”, p. 64, de *Los lugares comunes*)

La autora parece escribir (es algo que noto en la muestra de sus varios libros) dos tipos de poemas. Por un lado, textos livianos, donde el detalle es lo más importante. Textos que no tienen más intención que la de decir algo como al oído, algo en voz baja (como el primer poema que cito arriba). Y por otro lado, textos que, seguro, dan para decir aquello de “sostiene la humanidad” (como el segundo poema, el que acabo de citar). Poemas “trascendentales” que pretenden subsanar injusticias o desigualdades o deshumanizaciones, incursionando, tal vez, en territorios que no le pertenecen al poema. Por más que no debe haber vetos en los temas de la literatura, cuando ella, no obstante, pretende subsanar algún desvío de la realidad, eso se nota y es claro que va en detrimento de la calidad del arte. Cuando se nota la intención del escritor (las toscas pisadas sobre rosas), se acaba el hechizo del lector. El escritor deja de pelear con sus mejores armas, las de la estética y la belleza, y desenfunda aquellas de las ideas y las intenciones. Es muy pretencioso querer dar voz a los que no la tienen (eso creen, torpemente, los políticos) o a los que sufren, como dice otra comentarista de

la obra de Vanegas, ahora en el libro que reseño. Y lo dice, creo entender, por poemas como “Carandiru” (p. 34), que es el nombre de una cárcel en Brasil, donde ocurrió hace años una masacre por parte del ejército de ese país para apagar un amotinamiento, una de las peores violaciones de los derechos humanos cometidas en esa nación (que son permanentes, vale decir, como en casi cualquier parte de América del Sur):

Ríos de sida.

Ríos de éxtasis.

Ríos de vergüenza.

Ríos de cinismo.

Ríos en los que no atraca
la barca de Jesús.

Ríos de sangre
que no encuentran el mar.

¿Dónde está el poema?, se puede preguntar cualquiera. Yo me lo pregunté. Denuncia una situación, pero no lo hace mediante la poesía (¿qué son los “ríos en los que no atraca / la barca de Jesús”? ¿una invocación religiosa?, ¿qué hace esa alusión en ese poema?).

En el primer libro de la autora, *Galería de perdedores* (2000), hay varios de los que creo son los mejores poemas de este conjunto. Uno es “Consejos del fracasado” (p. 72), que comienza:

Asegúrate siempre de ser el mejor
perdedor.

Asegúrate

y nadie demandará tu sabiduría
ni reclamarán urgidos tu amparo.

Asegúrate siempre de ser el mejor
perdedor

y evitarás convertirte

en el ejemplo digno de imitar.

Y sigue el poema, en ese tono irónico y finalmente sabio, para terminar:

Que sea tu única ley la anarquía.

Nada más honesto

seguro y comfortable que el fracaso.

Lo mismo que poemas como “Notación del olvido” (p. 74) o “A orillas del río Grande” (p. 77). A pesar, eso sí, del inicio de este último: “Salgo a la hora en que el sol / todavía es una realidad ausente”. Por alguna extraña razón, Vanegas piensa que la poesía es decir lo sencillo de manera un tanto enrevesada. ¿Por qué no decir, por ejemplo: “Salgo a la hora en que el sol / aún no asoma”, o algo por el estilo?

Ser directo y sencillo en nada atenta contra el poema. Tal vez, por el contrario, ello le es inherente. Pero son buenos poemas, como digo, y son del primer libro, de 2000.

Beatriz Vanegas Athías es, pues, una buena poeta, a pesar de ella misma, creo (lo cual ocurre frecuentemente). Y de las comentaristas de sus libros, sin lugar a dudas.

Luis Germán Sierra J.